

15 pasos hacia CANETTI

Bruno Mesa

1 Se pasó Canetti más de cincuenta años afilando sus *Apuntes*, y es natural que ahora ese ejército de intuiciones se acerque hacia el lector con las peores intenciones, que suelen ser las más recomendables: no habrá indiferencia, nos dicen esas páginas, descreerás de quien te habla, te entregarán un autorretrato y no querrás reconocerte, te obligarán a entrar en lugares donde tus ideas no serán bienvenidas, vienen a saquear tus sueños, a decapitar tus íntimos monumentos, querrán que incendies lo que amas, que al mirar hacia atrás solo veas el rastro de una multiplicada contradicción, te insinuarán que debes triturar tus convicciones y luego reunir esos pedazos y hacer con ellos tu nueva casa.

Nos enfrentamos a estos apuntes seguros de que solo es posible el combate abierto, y aunque se pueda encontrar placer en la quemadura y en la pelea, el lector saldrá desnortado del ring, con un ojo ciego y algún hueso quebrado. No hay posibilidad alguna de acomodarse junto a los aforismos de Canetti, y acaso sea eso lo mejor que se puede decir de un pensador: no permitió el engaño, no aceptó el protocolo, con el mismo bisturí se diseccionó a sí mismo y al mundo.

2 Observados a cierta distancia y en conjunto, los apuntes de Canetti son como los fragmentos desperdigados que un arqueólogo trata de unificar, una suma de huesos tallados, de turba mezclada con monolitos y cráteras, de excavaciones que llevan hacia una calavera o una interrogación. Con esos pedazos Canetti ha levantado una rendición de cuentas del siglo xx, un informe con testigos de la catástrofe permanente de la historia y de las patologías de la conciencia.

La muerte es la estrella alrededor de la que gravitan todos sus pensamientos. A veces le vemos tantear un órgano enfermo con unos guantes innecesarios, guantes que deberían hacernos reír. Enseguida descubrimos

que eso es imposible: no eran guantes de cirujano, sino de forense.

Valga un ejemplo para dibujar esa obsesión. En 1974 escribe que pensar en un muerto no es algo sentimental, siempre que no hayamos reconocido su pérdida. Pensar en un muerto, añado, es como ensayar nuestra caída, confiando en un ejercicio que debería entregarnos alguna medicina para seguir en pie, un aprendizaje, quizá un aviso para extraviados, pero que solo nos ofrece una angustia: nadie está del todo vivo, nadie del todo muerto.

3 No conozco libro con mayor acumulación de resentimiento que *Fiesta bajo las bombas* de Canetti, con la excepción de *La sombra de Naipaul* de Paul Theroux, ese monumento a la venganza, y quizá de algunas páginas de Swift, maestro de misántropos y verdugo de confianza. Canetti podría formar un trío con ellos.

En ese libro ejecuta a los que conoce y desprecia a los que no quisieron conocerle durante sus años londinenses. Admira a Russell, pero su sonrisa le resulta obscena y le pone enfermo. Tampoco Eliot le agrada, tampoco Kokoschka o Iris Murdoch, tampoco la ciudad es suficiente para él, tampoco aquellos a los que considera sus amigos. Nadie obtiene su misericordia. Es el otro Canetti, el ególatra que solo encontraba en sí mismo un interlocutor válido.

4 Detesta Canetti a esa gente que nos ve, pero que no nos escucha. Gente que solo quiere acercarse con los ojos, orgullosa de su voluntaria sordera. Para esa gente las palabras nunca son suficientes para refutar una barbilla. No hay afirmación que pueda contra una vieja camisa. Cualquier argumento es inválido ante unos hombros caídos o una mejilla sin color. No hay cita que valga ni razonamiento que suture: importa la corbata, el cinturón, la barriga. No hay forma de refutar lo que esa gente intuye en nuestra cara. Suya es la teología de la impresión, el fanatismo de la superficie.

5 No es posible entender la totalidad, por eso ahora la única esperanza reside en descifrar los fragmentos. Chispas y no fuego es lo que nos queda, y eso nos concede Canetti. Hemos perdido la búsqueda que propusieron los griegos de un conocimiento absoluto, y hemos incurrido en el moroso análisis de lo pequeño, lleno de partículas conjeturales y de estancias habitadas por tipos casi cuerdos, por familias que podrían ser reales, por teorías que reinan en su isla microscópica.

Nos hemos dedicado al escrupuloso estudio de lo diminuto y fugaz, porque las epopeyas nos daban risa o náuseas, y los grandes mosaicos del realismo decimonónico no resultaban fallidos o innecesarios. Los héroes habitan ahora los cafés, cumplen con horarios que favorecen el asesinato, se debaten entre la soledad y el estupor, y en nada se diferencian de sus semejantes. Solo nos interesa lo minúsculo o individual, porque solo ahí vemos un lugar donde es posible aplicar la linterna y comprender algo. El retrato de un controlador aéreo deprimido, una estudiante acercándose al precipicio del suspenso o un malabarista callejero valen más hoy que el difuminado retrato de una época o un país, esos fantasmas colectivos.

6 Cada página de los *Apuntes* promete una ironía en forma de cuchillo que corta la carne en silencio. A Canetti le aterra por igual la injusticia y la estupidez, y con ambas se entretiene en su particular carnicería.

En los apuntes de los años cuarenta, aún no acabada la Segunda Guerra Mundial, se muestra a la vez zumbón y agónico, y sus aforismos son como señales de socorro: aún esconden una esperanza, aún confían en el desvío. La ironía es cortante, pero se detiene en ciertos lugares de la realidad.

Con los años y los libros las señales de socorro se irán transformando en el diagnóstico de enfermedades sin tratamiento, en tomar las constantes vitales del paciente y recomendar el uso de analgésicos. A veces nos señala una inocencia o una dignidad, pero sentimos que apenas hacen el contrapunto, que no equilibran.

En los apuntes finales, en la orilla de los años noventa, la felicidad es solo una idea, o aún peor, el resultado de una operación mal planteada. No hay desvío posible para la humanidad, solo una antigua inercia. Sin embargo, es ahora cuando se vuelve más exacto y corrosivo. A veces uno siente que nos ofrece un autorretrato disfrazado, como si no quisiera que viéramos el espejo. En un apunte, como si hablara de otro, defiende que hay escritores que solo tienen frases venenosas y ninguna necesaria. Dicho por Canetti, fabricante del mejor veneno, tiene el aspecto de una palinodia.

7 Nada odia con más inteligencia Canetti que el orgullo patriótico, los pensadores arraigados, los políticos que se erizan con himnos y las doctrinas escritas en forma de bandera. La estupidez del orgullo tribal puede parasitar a cualquiera, no hace falta ser un profesional del periodismo o de la política, tampoco hace falta que te disfraces con uniforme y medallas al valor en la pechera. Basta un escritor, un crítico con sus migas de erudición, un filólogo con sus notas al pie. El orgullo nacional será eso de lo que se reirán de nosotros dentro de no mucho tiempo, cuando hayamos envejecido irremediabilmente.

8 Encuentro una intuición sobre la velocidad de las comunicaciones. Para él era el teléfono, la llamada que te sobresalta de madrugada, y para nosotros es internet. Teme Canetti esa inmediatez que acelera la sombra de la muerte y la vuelve permanente. Cada minuto de cada día puede llegar esa llamada que la anuncia. Para nosotros esa llamada se ha transformado en un aluvión informativo, inmediato y atroz: no hay terremoto con el que no desayunemos, psicópata que no se venga con nosotros de paseo, amigo que no visite nuestras pesadillas.

La velocidad de una época, valdría añadir, nos empuja a todos hacia la confusión, pero también hacia la valoración, quizá elegíaca, de la inmovilidad. Hay demasiada gente que corre hacia ningún sitio. Alguien, en algún momento, tendrá que detenerse y observar el tráfico, la demencia y la belleza. Ese debería ser el trabajo de la literatura, detenerse y contemplar, y si las palabras ayudan, si las ponemos en pie, hacer de la literatura un puente hacia la vida.

9 Hay un silencio aterrador que se abre entre los apuntes de Canetti. En Cioran sentimos que el autor dialoga, que toma una dirección y que luego se desvía, pero que siempre nos acompaña en su paseo. Canetti es un témpano. No hay compañía posible para el lector, solo una seriedad que a veces se interrumpe y un escepticismo que nunca se complace.

El humor, cuando emerge en sus apuntes, interrumpe el silencio como un fusilamiento. No hay en Canetti un acercamiento al otro en ese trance, sino una caricatura o una negación. Esa aparente limitación tiene un contrapeso cuando se autorretrata. Frente al espejo Canetti se reconoce débil, dando vueltas alrededor de un charco de incertidumbre, lleno de autoengaños. Ahí crece la mejor de sus paradojas, íntima y certera: tener al mismo tiempo el impulso egotista y la conciencia de la farsa.

10 A la retórica religiosa le llega el día en que le termina faltando el aire, en que unas pocas palabras que fueron impulso se han vuelto una escombrera. Es un declive natural e inevitable. Cuando habla de religión Canetti uno siente que habla también de literatura, de cómo estamos destinados a no ser entendidos. Las palabras que ahora necesitamos mañana harán reír a nuestros hijos. Lo que hoy es una verdad se volverá pronto una necedad. Las ideas por las que luchamos se venderán de saldo en los peores rastrillos. El tiempo se tomará nuestra cordura en pago, y nos quedaremos en una esquina, convertidos en todo aquello que despreciábamos.

11 La ternura incapacita para la lucidez, escribe Canetti en sus apuntes de 1978, pero la ausencia de matices devora su afirmación. ¿El Nabokov melancólico de *Speak, memory* está exento de lucidez? ¿No hay lucidez en la ternura de Brodsky, Cernuda, Juan Ramón, Abbas Beydoun o Walcott? ¿No hay lucidez en Pla?

La ternura, valdría responder, es a veces la única lucidez.

12 No tiene precio Canetti como fotógrafo y como radar de necios: la basta un conocido que se jacta de compasivo, un ocultador de la verdad en nombre de las buenas intenciones, un fanfarrón de su pasado o la sedosa almohada de la fama con la que algunos se asfixian.

13 Entre las múltiples teorías que defiende Canetti en *Masa y poder* no he podido abandonar una: aquella en la que una masa se crea por una doble fascinación, la que ejercen la mayoría y el grupo frente al individuo. El ámbito de esta intuición parece el de un cuento.

De forma inmediata los componentes de la masa, aunque ignoran el motivo de su presencia, comprenden que debe existir un impulso justificado, una razón para esa demostración de fe y de fuerza. La masa precede al motivo, que solo es una excusa inventada a posteriori.

Olvidé decirlo: es como un cuento, pero como un cuento de terror.

14 Los apuntes de Elias Canetti están escritos con el tono de un interlocutor lacónico, de un filósofo de paso corto. Cuando se quiere cáustico le sale un tono hiriente, cuando se pretende humorístico suelta una risa brusca, cuando propone una belleza le crecen las segundas intenciones. No abunda en lo memorable, quizá porque teme, como temía Kertész, que detrás del redoble retórico, detrás de lo que suena demasiado bien, no haya más que una música hueca.

15 Pronto descubrió Canetti que su vocación era abrir túneles y proponer grietas en los cimientos de cualquier verdad. Su método preferido es lanzarnos hacia el horror de la historia.

Asegura que aprender es la forma más refinada de la ignorancia, porque no se aprende más que multiplicando las preguntas; que tenemos munición para varios milenios, pero no sabemos si seremos capaces de dosificar nuestra destrucción para extenderla tanto tiempo; que un anciano cuando habla de su infancia es como un niño que se hace el muerto; que hay ciertas verdades íntimas a las que no sabemos enfrentarnos y que se acumulan en el sótano de la conciencia, junto a todo lo que nos avergüenza; que olvidar un odio es uno de los pocos éxitos que podemos agradecer a la razón; que producir pensamiento y pensar rara vez son lo mismo; que las descripciones tomadas de la realidad, y por ello habitualmente atroces, son también las más inaceptables para el lector; que ningún fanatismo debe arrebatar nos la confianza en un sueño, excepto quizá los sueños que se vuelven fanatismos; que son los uniformes los que nos alejan y los que nos encubren; y que hagas lo que hagas solo hay una pregunta a la que debemos responder y para la que estamos mudos, la que insiste a través de los siglos y nunca deberíamos acallar: «¿cuándo se dejará de asesinar?».

Escribió esa pregunta en 1942, pero sirve igual para ayer y para mañana. ■ ■